

dulcísimo placer, reverenciando y obsequiando á Maria, como es natural ver á un hijo poseido de iguales sentimientos, cuando cumple los mismos deberes para con su madre.

Recopilaré, católicos, en pocas palabras las razones que nos obligan á ser devotos de Maria, y que tan imperfectamente os he manifestado en el discurso que voy á terminar. Debemos ser devotos de Maria porque es Madre de Dios y Madre de los hombres; porque es nuestra abogada y la Reina y Señora de todo lo criado; porque es corredentora del mundo; porque puede, porque está pronta y porque sabe favorecernos. Debemos honrar á Maria Santísima con un culto extraordinario, porque el verdadero devoto de Maria no perecerá; poi que el amor y tierno homenaje á Maria Santísima son testimonio de eterna predestinacion, y prueba indestructible de la verdadera fe. Pero tengamos en cuenta, señores, que esta devocion ha de consistir en las obras más que en las palabras; en el alma más que en la imaginacion; en el corazon más que en los lábios. Honrémosla concibiendo de la Señora el más sublime aprecio y estimacion; venerémosla depositando en Ella una cordial é ilimitada confianza; obsequiémosla siendo fieles imitadores de sus augustas virtudes; constantes en servirla y acariciarla, é intrépidos para sostener y propagar su culto, á despecho de la desvergonzada herejía y de la moderna impiedad. Seamos, por Dios, siempre devotos de la Virgen, y tendremos paz espiritual y temporal: en las tentaciones acudamos á Maria, y triunfaremos del demonio: recordemos á Maria; invoquemos á Maria; acojámonos sin temor y sin tardanza al abrigo de Maria; y despues de una vida corta en los años pero dilatada en los merecimientos, morirémos exhalando el último suspiro acompañado del nombre de Maria, recojerá Ella nuestras almas para trasladarlas á la celestial, triunfante y sempiterna Jerusalem, donde podremos decirla, admirando su hermosura y cantando su santidad: «Porque os amamos, Madre mia, más que la salud y que la hermosura, y porque nos propusimos teneros por luz, porque era inextinguible vuestro resplandor,» ahora, ya felices, os alabamos, bendecimos y glorificamos en compañía de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por infinitos siglos de los siglos. Así sea.

## DISCURSO II.

### Maria Santísima causa de nuestra alegría

*Causa nostrae laetitiae.*  
(Iglesia in Lit. Lauret.)

**A**L principiar la agradable ocupacion confiada á mis fuerzas, débiles en todos conceptos, de predicaros la palabra de Dios en este suntuoso novenario, (1) pensé no debia perder de vista el grandioso objeto de tan merecidos cultos y homenajes; ni tampoco el que me dirigia á un auditorio que, confesando ser cristiano, se reconoce al mismo tiempo pecador, y necesitado por lo mismo de grandes y acabados modelos que imitar en la virtud, y de extraordinarias gracias que obtener para saciar las ansias de su alma. Por eso me propuse en los dias anteriores decir algo, aunque muy poco ciertamente, de lo grande que aparece la Virgen Santísima en el ejercicio de las principales virtudes Humildad, Fe, Esperanza y Caridad; de lo pequeños, lo descuidados, lo imperfectos que nosotros nos hallamos en la práctica de las mismas, y por consecuencia de lo obligados que nos vemos á reformar nuestra conducta y á marchar sobre las huellas de la que es bendita entre todas las mujeres. Os he manifestado que para ser virtuoso, para ser exaltado, es necesario primero y siempre ser humilde; que para justificarse delante de Dios no basta sólo creer, sinó que es necesario obrar, porque la Fe sin las obras es una fe muerta; que para que nuestra Esperanza sea verdadera, se hace preciso que consista en esperar en Dios, en esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, cooperando con la práctica de las buenas obras; y, por último, os he dicho que la virtud

(1) Predicado á la Congregacion de la Virgen de la Misericordia, en la parroquia de San Sebastian de Madrid, en Setiembre de 1860.

de la Caridad es el mandamiento del Altísimo que comprende la divina ley; el gran precepto de Jesucristo, tan necesario para el sosten de la vida cristiana, como el alimento lo es para el cuerpo, y escrito está y estará hasta el fin de los siglos, que sin la caridad nada somos.

Al concluir hoy, por la divina misericordia, con esta parte tan respetable, tan difícil y tan responsable de mi sagrado ministerio, al despedirme de vosotros tan desconfiado de mi trabajo como confiado en vuestra indulgencia, pretendo hagamos una escursión, aunque breve, por ese campo vastísimo de las grandezas de la Virgen, Reina y Madre de las misericordias. Me propongo que miremos al mundo y miremos al cielo; que nos miremos á nosotros y miremos á Maria; que enumeremos las mil necesidades que tiene nuestra alma y volemos á buscar su remedio en esa alma tan hermosa; que recojamos todas las tristezas, todas las melancolías que oprimen nuestro corazón, y volemos á ese Corazón inmaculado, á ese Corazón tan magnánimo y tan generoso, como que es Corazón de Mujer perfecta, de Madre sin segunda, de Reina poderosísima, y de Santa, únicamente menos Santa que Dios y más Santa que toda santidad imaginable, quiero que recurramos á la Virgen, porque no hay otro recurso, y de seguro confío en que exclamarémos: *Maria causa nostræ lætitiæ*. No hay que temer, no hay que entristecerse, no hay que acongojarse, porque Maria Santísima es causa de nuestra verdadera alegría.

### Ave Maria.

*La vida del hombre es una milicia sobre la tierra*, dice el Espíritu Santo: este mundo es un valle de lágrimas, exclama la Iglesia inspirada por él mismo: milicia en todas las edades de la existencia; valle de lágrimas en todas las épocas y en todas las situaciones de la criatura racional. Milicia, porque desde la cuna hasta el sepulcro el hombre siempre tiene que combatir, que acometer y que defenderse: valle de lágrimas, porque la criatura racional desde que nace hasta que muere siempre tiene que llorar. El sentido comun, el sentido íntimo, la conciencia, todo le dice al hombre que milita y que llora, se lo dicen las tres edades de la vida; se lo dice el pasado, el presente y el porvenir; se lo dice su alma y su cuerpo; todo le confirma en esta verdad, que no pueden arrancar del corazón ni la impiedad, ni la despreocupación, ni la incredulidad.

La niñez, que mirada por el prisma de lo halagüeño parece la edad de las ilusiones, de los encantos y de los placeres, no es otra cosa que una edad de lágrimas y de combate: quitadme los juegos de la infancia, las caricias paternas, los entretenimientos que se desvanecen, ¿y qué queda? Ningun sér ha nacido, por noble que haya sido su sangre, por ilustre su cuna, por elevado su rango, que no se haya presentado en el mundo, llorando: lo primero que funciona en la criatura son las lágrimas: el corazón del niño no se ha formado todavía; su entendimiento no se ha desarrollado; las pasiones no se conocen en el alma, y, sin embargo, el niño milita sobre la tierra. *Militia est vita hominis super terram*. Tiene que luchar con la impotencia, con los obstáculos á su nutrición y desarrollo, y aquella misma necesidad de llevar siempre al niño de la mano, está confirmando que el camino por donde vá está erizado de peligros, y que es necesario acostumbrarle á llorar y á combatir.

La juventud ¡ah! la juventud es una fiebre, es un delirio, es una demencia: peligros en el interior, y peligros en el exterior: el alma se siente jóven, el corazón vigoroso: los hombres le parecen al jóven impecables; el mundo se presenta como un paraíso; las pasiones, nobles; sus deseos, lícitos; todo lo combina su imaginación de tal manera, que cuando suene la hora del desengaño la lucha será más encarnizada y las lágrimas más abrasadoras y más abundantes. El jóven es un Ícaro, que emprende su vuelo con alas de cera, que derretidas por los rayos del sol le despeñarán en el abismo: el jóven es un viajero temerario que, fiado en el valor de su brazo, atraviesa de noche y sin defensa por un país de salteadores. La juventud acomete empresas, busca sensaciones, vuela siempre en busca de nuevos goces, hasta que una voz irresistible le dice: «¡Detente!» Entonces el jóven vé claro, pero lo que vé son flores marchitas y deshojadas á sus plantas, y lágrimas y quebranto en su corazón.

¿Y la vejez? ¡Ay cristianos! El mismo Job decía que eran muy amargos los días de la vejez. Combate y llanto; siempre milicia, continuamente lágrimas. El anciano combate y llora por el muchísimo tiempo perdido, y por el poco que le queda que aprovechar: combate y llora porque el tiempo huye con una rapidez inconcebible, y porque la eternidad se acerca sin poderla detener. Combate con un espíritu que desfallece, con una salud que se quebranta, con un cuerpo que se desmorona, con millares de enemigos que asaltan la ancianidad; y como en estas circunstancias el triunfo es imposible, la vejez llora, y el hombre cierra sus párpados.

dos, dejando deslizarse de ellos una lágrima, que es todo el fruto que se saca de este miserable mundo.

Combate y lágrimas por lo pasado; se lucha y se llora por el mal que se hizo y por el bien que se dejó de hacer: combate y lágrimas por el presente, porque se quiere y no se puede remediar; porque estamos imposibilitados de reintegrar á Dios de los derechos que le hemos usurpado: combate y lágrimas por el porvenir, porque no sabemos si llegará, si se nos concederá otro mañana en que podamos reconciliarnos con la Providencia divina, en quién únicamente el corazón humano encuentra descanso, según San Agustín. *Inquietum est cor meum, donec requiescat in te.* Combate y lágrimas en el alma, porque apenas en el hombre ha despuntado el uso de la razón, se encuentra frente á frente con los enemigos de su alma; le asedian los halagos del mundo, le asaltan las astucias del demonio, lleva en sí mismo el fomes de las seducciones de la carne; y por donde quiera que el hombre vá, otra cosa no ve que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. *Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum et superbia vitæ.* ¡Pobrecita alma, que formada á imagen y semejanza de Dios y caminando hácia una patria inmortal, se vé expuesta á parecer entre los millares de escollos que la rodean! Combate y lágrimas en el cuerpo; ¡cuánto, católicos, no tiene que sufrir el corazón que es el asiento donde residen los afectos humanos! ¡Cuántas esperanzas fallidas! ¡Cuántos deseos no satisfechos! ¡Cuántas ambiciones nunca saciadas! Y ¡cuánto no tiene que combatir y que llorar este cuerpo, condenado á ganarse el alimento con el sudor de su frente! Combate con las enfermedades, y llora la pérdida de la salud, el mayor de los bienes que se pueden perder: combate con las riquezas y llora por las inquietudes que le proporcionan. Combate con la pobreza, escuela práctica donde el hombre conoce al hombre, y llora sus desastrosas consecuencias: combate y llora por los peligros que le rodean; enemigos tan multiplicados que los tiene en todas partes: en la tierra, en el aire, en el mar, en casa, en la calle, en todas partes: lo dice San Pablo. Combate el hombre desde que empieza hasta que concluye de respirar, y derrama incesantes lágrimas; llora de día y de noche, desde que nace hasta que muere.

Bien puede repetir, no solamente estas palabras de Job tan sentenciosas: *Militia est vita hominis super terram.* «La vida del hombre es una milicia sobre la tierra,» si no que puede esclamar con el Santo Rey David: *Lacrymæ meæ fuerunt mihi panis die ac nocte.* «Mis lágrimas son de día y de noche el pan con que me alimento.»

¡Cristianos! y Dios que es tan poderoso, tan bueno, tan grande, tan misericordioso sobre todo, ¿dejará que el hombre naufrague en un océano de tristezas, sin esperanzas y sin alegría? No, y mil veces no; no le hagamos tan temeraria injusticia. Después de la redención, además de la gracia y de las virtudes, al lado de la Iglesia y de los sacramentos, colocará un sér que nazca, que viva, que sufra como nosotros nacemos, vivimos y sufrimos; y por el corazón de mujer, que es el más á propósito para amar, suscitará una criatura que, por lo amante y por lo amada, sea la admiración de los siglos y la bendición de todas las generaciones. Él hará que de entre las espinas de este mundo brote como lozana flor una Mujer, una Madre, una Reina, en quién, reservándose Dios para sí el cetro de la justicia, depositará, según dice Gerson, el cetro de su misericordia; una mujer que en los cielos y en la tierra, en la niñez, en la juventud y en la ancianidad, en el pasado, presente y porvenir, y en el alma y en el cuerpo, y en la vida y en la muerte, y en el tiempo y en la eternidad, y en todo y con todo y por todo, sea *Causa nostræ lætitiæ.* «Causa de nuestra alegría.» «Alegría de la cristiana Israel.» *Lætitia Israel.* María Santísima. Vamos á verlo.

San Ireneo dice que la Virgen Santísima es la alegría del mundo, porque con su sumisión á los decretos del Altísimo se hace en la Encarnación causa de la salvación del género humano: yo añado que si el mundo hubiera sido redimido de otra manera que encarnando el Verbo en las entrañas de esta mujer magnánima, no hubiera tenido tan completa ni tan verdadera alegría. María alegra con su nacimiento, porque realiza las esperanzas de más de cuarenta siglos; y los Patriarcas y los Profetas y los antiguos Padres, se regocijan en el limbo, porque ha nacido la portadora de la luz divina é indeficiente. María es, viviendo, la alegría universal, porque toda la naturaleza se transforma, y se exalta y regocija el Bautista, que salta de gozo delante de la Virgen, en el vientre de su madre, María Santísima, viviendo, alegra á los espíritus angélicos que, como émulos de nuestra dicha, despliegan sus alas, escitan su amor, y nos dicen con su armonioso cántico: «Mortales, ahí la teneis.» María Santísima alegra á la tierra, cuyos moradores doblan la rodilla ante su Soberana, y tan imperfectos como son, y tan melancólicos como están, gritan á su paso: «¡Gloria á la bendita entre todas las mujeres; bendita sea la que viene en el nombre del Señor!» María Santísima alegra con su Asunción á la gloria, con su coronación á los cielos, porque nos enseña el camino, nos abre las puertas y nos prepara el asiento en la celest-

tial Jerusalem. Maria Santísima es la alegría de los cielos; en Ella vé la Trinidad su reclinatorio, los arcángeles su Emperatriz, los querubines su ciencia, los serafines su amor; en Ella ven las vírgenes su corona, los mártires su palma, y los confesores su lengua.

Maria Santísima es la alegría de la niñez; los labios del niño se estremecen de gozo al balbucear su nombre; sus ojos se alegran al ver su Imágen, y en los brazos de su madre salta y se desvive de regocijo, como queriendo pasar á los de una mujer que es Madre sobre todas las madres. ¿No es verdad, madres cristianas? Maria Santísima es la alegría de la juventud, lo mismo en los extravíos del corazón que en el arrepentimiento y en la paz del alma; dejad al jóven en la presencia de un escapulario, de una estampa, de una efigie de la Virgen Santísima; suplicadle que la contemple, que la mire, que la hable, y el jóven concluirá por alegrarse en el amante corazón de Maria Santísima, lleno de misericordia. ¿No es así, jóvenes cristianos?

Maria Santísima es la alegría de la ancianidad: el anciano camina hácia la tumba, llevando en una mano el báculo que le sostiene y en la otra el rosario que le conforta; si sus piés vacilan, si sus ojos se oscurecen, si sus sufrimientos se aumentan, si la tristeza le asalta, no hay que temer: renacerá al momento la alegría en su pecho cuando le oigais exclamar: «¡Virgen Santísima, Madre mía, auxilia!me!»

Maria Santísima es la alegría del alma: Ella serena las tempestades de las pasiones, disipa los nublados de los apetitos, socorre en la tentación, ilumina en la duda, fortalece en el desaliento: quitad del alma á Maria, y se queda en una amargura inconsolable; devolvédsela al momento, y el alma se sacia al momento de una inefable alegría.

Maria Santísima es la alegría del cuerpo. No le deis al rico alegría mayor que la que disfruta cuando en nombre y por amor de la Virgen socorre indigentes, consuela afigidos, acoge huérfanos, ampara viudas, asiste á los enfermos: y cuando desplega todo el esplendor de su prodigalidad en restaurar los templos, en adornar los altares, y en vestir y poner todas sus riquezas, todas sus alhajas, todos sus tesoros á los piés de la Virgen Santísima, su semblante es otro, su corazón es otro; aquel hombre está completamente transformado; su ocupación es mirar á la Virgen y decirle: *Causa nostrae laetitiae*. «Tú eres mi verdadera alegría.» No esperéis ver en el pobre gozo más acabado que el que experimenta cuando recibe una limosna que pidió por Maria Santísima: él la agradecerá por la misma Señora, y, contento, se separará de

vosotros, dando gracias á la Virgen por el *Ave Maria* ó la *Salve*. Entrad en las moradas de los enfermos, en los hospitales y en las cárceles; colocaos al lado de los que agonizan, ó acompañad á los reos hasta el patíbulo: todo es allí desconsuelo; la única esperanza, la sola alegría es Maria Santísima.

¿Habeis viajado alguna vez de noche, os habeis perdido en vuestro camino y os entristecisteis por el silencio imponente y la fatídica oscuridad? Pero ved que detrás de una nube empieza á destacarse la luz de la luna, el firmamento se aclara, la tierra se ilumina, volveis á seguir vuestra jornada y os alegráis al amanecer, con la venida de la aurora. ¡Pues ved á Maria! ¿Navegais con encontrados vientos, vuestra embarcación fluctúa y zozobra, las olas la impelen furiosas en sentido contrario á vuestros esfuerzos? y ¿qué hacer? y ¿á dónde mirar? por allá se presenta entre celajes una estrella, al parecer perdida; la estrella os indica un faro, el faro os ofrece un puerto, el término de la navegación es seguro, y el regocijo reina en vuestro corazón. ¡Pues considerad á Maria! ¿Contemplais estáticos la aparición de la aurora, la salida del sol, la caída del rocío, las orquestas de las aves, los perfumes de las flores, todas esas maravillas que tanto alegran y regocijan el corazón humano? Pues más que eso es Maria Santísima, y mucho más que eso alegra y regocija Maria Santísima, aurora que se levanta, elegida como el sol, palma de Cades, rosa de Jericó, oliva preciosa de los campos, lirio entre las espinas, plátano junto á las aguas, ciprés del monte Sion.

Parece que el inspirado Isaiás veía colocada á la Virgen Santísima sobre el mundo y en el mundo, cuando pronuncia y escribe aquellas magníficas palabras: *Laetitia sempiterna, erit super capita eorum; gaudium et exultationem obtinebunt*. ¡Felices todos los pueblos y todas las naciones, y las criaturas todas, porque descende sobre sus frentes la alegría sempiterna, y porque con ella obtendrán el gozo y el regocijo! y es verdad.

Maria Santísima es nuestra alegría, es la alegría del mundo, es la causa de toda alegría, no sólo considerada con relación á nosotros, sino con relación á lo que exclusivamente es suyo. Es nuestra alegría con sus privilegios, porque asombra y admira; es nuestra alegría con sus méritos y virtudes, porque estimula y edifica; es nuestra alegría con sus prerogativas y destinos, porque tan benéficos han sido y tan consoladores para la humanidad, que mirando á esta santísima y bienaventurada criatura levantamos las manos al Omnipotente, y exclamamos: «¡Gracias á Dios!» Sí, señores: ¡cuántas son las gracias que tenemos que dar á Dios por

el regocijo que inunda nuestras almas, por la alegría que disfrutamos al ver que una pura criatura, una criatura de nuestra naturaleza, de nuestra carne, de nuestra sangre, ha sido escogida para Reina del amor y dispensadora de las misericordias del Altísimo, para Madre de Dios y Madre de los hombres! Nosotros los que hemos tenido madre, y ya no la tenemos, digamos cuánto se sufre por no poder llamar á nuestra madre: vosotros los que teneis madre, decidnos cuánto consuela, cuánto regocija, cuánto alegra el repetir una, dos, muchísimos millares de veces el nombre de madre; y ¿qué madre puede compararse con la Madre universal y con la universal alegría?

Maria Santísima es *causa nostræ lætitiæ*, la causa de nuestra alegría, nuestra alegría misma, no sólo por sus privilegios, por sus virtudes y por sus destinos, sinó en sus infinitas como encantadoras imágenes y en la invocacion de su dulcísimo nombre. ¡Imágenes! No busquemos por hoy más que una, no salgamos de este templo, que aquí la hemos de encontrar: no quiero mirarla yo, únicamente quiero que la mireis bien vosotros: no os fijéis en el púlpito, volved vuestras miradas á ese hermosísimo simulacro, imperfectísimo reflejo de la hermosura original de la Virgen Santísima; á esa efigie en la que la Madre de las misericordias está recibiendo estos suntuosos homenajes, y de seguro decís: «¡Qué hermosa es! Da gozo mirarla.» No cabe duda que la Virgen Santísima es la causa de nuestra verdadera alegría. *Causa nostræ lætitiæ*.

Pues ¿y su nombre? Su nombre, que es aceite suavísimo, licor celestial que se vierte sobre nuestras almas, *oleum effusum nomen tuum*. Su nombre cuyas cinco letras son cinco gotas, ¡qué cinco gotas! cinco torrentes de bálsamo que curan todas nuestras enfermedades, cicatrizan todas nuestras heridas y convierten nuestras tristezas en verdadera alegría. ¡Su nombre! ¡Maria! Cinco letras, cinco flores, cinco luceros, cinco perlas, cinco manantiales de amor, cinco garantías de júbilo y de regocijo para el corazón que le ama y el labio que le pronuncia. Maria, que en su primera letra es *Misericordia*; en su segunda, es *Amor*; en su tercera, *Regocijo*; en su cuarta, *Indulgencia*; y en su última, *Alegría*. ¡Cuánto, cristianos, no podemos prometernos de una Mujer, de una Madre, de una Reina cuyo nombre empieza con *misericordia* y acaba con *alegría*! ¡Bendita sea Maria Santísima, esa que por Mujer es nuestra hermana y amiga; por Madre de Dios es nuestra Madre, y por Reina de los cielos es también nuestra Soberana! ¡Bendita sea una y mil veces! Y concluyamos publicando agradecidos que Maria en

los cielos, en la tierra y en el purgatorio; en la niñez, en la juventud y en la ancianidad; en el alma y en el cuerpo, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad, por sus prerogativas, sus virtudes y sus destinos, y en sus efigies y hasta en su nombre es nuestra alegría, nuestro regocijo: *Causa nostræ lætitiæ*; es la causa de nuestra verdadera alegría. Hagámonos por la virtud merecedores de sus consuelos en la tierra, para merecer acompañarla en las eternas alegrías de la gloria. Así sea.

